

BEST SELLER INTERNACIONAL

Åsne
Seierstad

autora de *El librero de Kabul*

UNO DE LOS NUESTROS



La historia de
Anders Breivik y de
la masacre de Utøya

 PENÍNSULA

Uno de los nuestros

La historia de Anders Breivik y de la masacre de Utøya

Åsne Seierstad

Traducción del inglés de Laura Lecuona

Título original: *En av oss: En berättelse om Norge*

© 2015 by Åsne Seierstad.
All rights reserved

Publicado por primera vez en Noruega, en 2013, por Kagge Forlag.
Primera publicación en inglés, en Gran Bretaña, en 2015, por Virago Press.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio de 2022

© de la traducción del inglés, Laura Lecuona, 2016,
a partir de la edición en inglés, *One of Us*.

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2022
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensinsula@planeta.es
www.edicionespensinsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Depósito legal: B-9.508-2022

ISBN: 978-84-110-082-6



Índice

Nota de la autora	9
-------------------	---

PRIMERA PARTE

1. Una nueva vida (1979)	19
2. Remolinos de luz	32
3. Cambios en el país	37
4. El niño de Silkestrå	42
5. Pipí en las escaleras	55
6. <i>Al-Anfal</i>	64
7. Nuestros hijos	69
8. Sueños de juventud	75
9. A Damasco	102
10. Pidiendo protección	111
11. Un lugar en la lista	118
12. Diplomas falsos de primera calidad	147
13. Elige un mundo	164
14. Tres camaradas	176
15. Escritos	201
16. El libro	218
17. ¿Cómo puedo tener tu vida?	226
18. ¡No os hagáis amigos de nadie antes de llegar!	237
19. Patriotas y tiranos	248
20. Algo más que un traje	271

21. El discurso del presidente	277
22. Veneno	285
23. Bitácora del químico	298
24. Todo con lo que podíamos soñar	321
25. Fiebre de verano	329
26. Te quiero mucho	336
27. Viernes	344
28. Cuando ya todo pasó	432
29. ¿Tiene su hijo alguna señal en particular?	470
30. Pero nunca con ingenuidad	492

SEGUNDA PARTE

31. Narciso en escena	511
32. El monólogo	540
33. El meollo del asunto	550
34. La voluntad de vivir	560
35. Seminario psiquiátrico	570
36. El veredicto	585

TERCERA PARTE

37. La montaña	589
38. El cielo de los tejedores	597
39. La condena	607
Epílogo	623
Bibliografía	635

PRIMERA PARTE

Una nueva vida (1979)

Queremos que nos amen; en su defecto, que nos admiren; en su defecto, que nos teman; en su defecto, que nos odien y nos desprecien. Queremos a toda costa despertar alguna clase de sentimiento en los demás. Nuestra alma detesta el vacío. Anhela el contacto a toda costa.

HJALMAR SÖDERBERG,
Doktor Glas, 1905

Era uno de esos días fríos y despejados en los que Oslo refulge. El sol, que la gente casi había olvidado, hacía brillar la nieve. Esquiadores entusiastas se asomaban desde las ventanillas de sus oficinas a la cumbre blanca, la pista de salto y el suelo azul.

Las personas hogareñas maldecían los doce grados bajo cero, y si se veían obligadas a salir lo hacían temblando de frío, con gruesos abrigos de piel y botas forradas. A los niños los envolvían en varias capas de lana y, encima, sus anoraks acolchados. Se oían sus chillidos desde los columpios y trineos de las guarderías que se habían abierto en todas partes, pues cada vez había más mujeres con empleos a jornada completa.

A lo largo de las vallas que cercaban el terreno del hospital se apilaba la nieve que se había quitado de las calzadas y aceras. El frío hacía que la nieve crujiera bajo las pisadas de quienes caminaban por el viejo hospital al norte de la ciudad.

Era martes 13, del segundo mes del año. Llegaban los coches a la entrada principal, se detenían y esperaban mientras se abrían las puertas y las futuras madres se bajaban apoyadas en hombres que aguardaban convertirse en padres. Todos estaban absortos en su propio drama: una nueva vida en camino.

Desde principios de la década de 1970, en los hospitales públicos estaba permitido que los padres asistieran a los nacimientos de sus hijos. Antes se les desterraba al pasillo, donde oían los gritos de la sala de partos, pero ahora podían estar allí, ver al bebé nacer entre pujos, oler su sangre y oír su primer llanto. A algunos padres la comadrona les entregaba unas tijeras para que cortaran el cordón umbilical.

«Igualdad sexual» y «Nuevas políticas familiares» fueron algunos de los eslóganes clave a lo largo de la década. Los niños y la casa ya no eran esfera exclusiva de la mujer. Los padres debían participar en el cuidado de los hijos desde su nacimiento: les tocaba empujar el cochecito, preparar la comida del bebé y participar plenamente en la crianza del niño.

En la cama de una habitación había una mujer con dolores terribles. Las contracciones eran fuertes, pero el bebé no salía. Ya habían pasado nueve días de la fecha en que debía nacer.

—¡Dame la mano! —le dijo entre gemidos al hombre al pie de la cama.

Él le tomó la mano y se la apretó. Era la primera vez que asistía a un nacimiento. Tenía tres hijos de un matrimonio anterior, pero en aquel entonces tuvo que esperar en el pasillo hasta que llegó la hora de ver a los bebés bien envueltos, dos en mantitas azul claro y una en mantita rosa.

La mujer jadeaba. El hombre siguió agarrándole la mano.

Se habían conocido apenas un año antes, en la lavandería del sótano de un edificio de apartamentos en el municipio de Frogner. Ella había alquilado una habitación en la planta baja, mientras que él era propietario de un apartamento más grande en el piso de arriba. Él, un diplomático del Ministerio de Relaciones Exteriores noruego recién divorciado, con destino en su propio país después de unas temporadas en Londres y Teherán. Ella, ayudante de enfermera y madre soltera de una niña de cuatro años. Él era un hombre delgado de cuarenta y tres años con una calvicie incipiente, y ella, once años menor, era esbelta, guapa y rubia.

Poco después de haberse conocido en la lavandería, se quedó embarazada. Se casaron en la embajada noruega en Bonn, adonde él había ido para un congreso. Él se quedó una semana y ella apenas dos días, mientras una amiga cuidaba de su hija en Oslo.

Al principio estaba contenta con el embarazo, pero al cabo de uno o dos meses le atormentaron las dudas y ya no quería tener al bebé. La vida parecía incierta, siniestra. Cada vez que los tres hijos de él los visitaban, ella se mostraba fría y distante. ¿No era una locura tener otro bebé con alguien que casi no parecía disfrutar con los niños?

El mes en que se quedó embarazada se presentó al Parlamento noruego una propuesta de ley para permitir el aborto libre que se aprobó por un voto, pero no entró en vigor hasta el año siguiente. La ley les daba a las mujeres un derecho ilimitado al aborto hasta la duodécima semana de embarazo, sin necesidad de presentarse ante un tribunal médico. Transcurridas las doce semanas, solo se permitía el aborto por causas específicas. Ella había tardado tanto en decidirse que ya era demasiado tarde para someterse a un legrado. El feto se arraigó en su matriz.

Al poco tiempo empezó a tener náuseas y a sentir aversión por la pequeña vida que semana a semana adquiría nuevos sentidos y aptitudes conforme absorbía nutrientes y seguía creciendo en su interior. Su corazón latía fuerte y a un ritmo constante; su cabeza, su cerebro y sus nervios se desarrollaban a la velocidad normal. No se detectaba ninguna anomalía o pie deforme, ni había indicadores de cromosoma extra o hidrocefalia. Por el contrario, era un bebé enérgico y saludable, según los doctores. Su madre lo encontraba un fastidio:

—Es como si me diera patadas casi a propósito, para martirizarme —decía.

Cuando salió el bebé, estaba azulado.

Su madre pensó que era anormal.

Un niño perfecto, dijo el padre.

El niño ejercitó los pulmones de inmediato.

Un nacimiento normal según el hospital.

Se anunció en el *Aftenposten*:

Hospital Aker. Un niño.

13 de febrero. Wenche y Jens Breivik.

Más adelante cada uno contó su versión del nacimiento. Ella decía que había sido espantoso y que le había dado vergüenza que su esposo estuviera allí. Él decía que todo había salido bien.

No cabía duda de que a la criatura le habían afectado seriamente los analgésicos que ella había tomado, decía la madre. Era un niño sano y en forma, decía el papá.

Y todavía más adelante tenían versiones distintas de la mayoría de las cosas.

El Ministerio de Relaciones Exteriores noruego había introducido medidas de trabajo flexible para los padres jóvenes, y

permitía que el padre se quedara en casa con la madre y el bebé durante el periodo posterior al nacimiento.

Sin embargo, cuando Wenche salió del hospital y llegó al apartamento del aristocrático edificio de Frogner, faltaba algo.

Wenche había oído que si un padre no se aseguraba de que hubiera un cambiador cuando el recién nacido llegara a casa, significaba que no le estaba dando la bienvenida al bebé, de modo que se pasó todo el rato pensando en ello mientras cambiaba al bebé en el suelo del baño. Podía ser que los tiempos hubieran cambiado, pero Jens pertenecía a la vieja escuela, y ella era la única que le daba de comer al bebé, le cantaba y lo arrullaba para dormir. Sufrió durante la lactancia, que le dejaba los pechos resecos y sensibles. La envolvió un manto de oscuridad, una depresión que llevaba arrastrando toda su vida.

Finalmente, le gritó a su esposo que saliera a comprar un cambiador. Jens lo hizo, pero se había abierto una brecha entre ellos.

El niño se llamaría Anders.

Cuando el bebé tenía seis meses, Jens Breivik fue nombrado consejero de la embajada noruega en Londres. Él se fue primero y Wenche llegó después con los niños hacia la Navidad.

Ella estaba muy sola en su apartamento en Prince's Gate. Era enorme, y la mayoría de las habitaciones ni se usaban. Cuando su hija inició clases en una escuela inglesa, Wenche se quedó en casa con Anders y la niñera. La gran metrópoli la hacía sentirse estresada e incómoda. En Prince's Gate se fue encerrando cada vez más en su propio mundo, como había aprendido a hacer de niña.

No hacía tanto tiempo que estaban enamorados. En Oslo ella tenía una caja con notas y cartas de amor que él le había escrito.

Ahora daba vueltas por el magnífico apartamento, arrepentida. Se reprochaba haberse casado con Jens y haber permitido que el bebé la atara todavía más a él. Al principio había advertido en su marido rasgos que no le gustaban. Era malhumorado, quería que todo se hiciera a su manera y era incapaz de tener en cuenta los sentimientos de los demás; ese tipo de cosas le revoloteaban en la cabeza. «No debo atarme a él», se había dicho en los primeros meses, y sin embargo eso fue exactamente lo que hizo.

Cuando se casaron ella llevaba varios meses de embarazo. Había empezado su matrimonio con los ojos cerrados, esperando que todo estuviera bien cuando los abriera. Al fin y al cabo, su marido tenía un lado bueno. Podía ser amable y generoso, y era una persona muy ordenada. Parecía bueno en su trabajo; asistía a muchas recepciones y ceremonias oficiales. Esperaba que su vida juntos mejorara cuando se convirtieran en una familia propiamente dicha.

En Londres fue cada vez más infeliz. Le parecía que él solo quería una esposa impecablemente arreglada y una casa bien cuidada. Eso era lo que le interesaba, no ella ni su hijo.

Sentía que él le imponía su presencia. Él la notaba distante, como si no pudiera contar con ella. Él decía que ella lo utilizaba, y que cuando se casaron él solo miraba por sus propios intereses.

En primavera, Wenche había caído en una profunda depresión, que sin embargo no reconocía: atribuía su infelicidad al entorno. No soportaba a su esposo ni su propia existencia. Tenía la cabeza hecha un desastre; su vida no tenía sentido.

Un día empezó a hacer las maletas.

Cuando llevaba tres días empaquetando le dijo a su esposo que quería irse a casa con los niños. Jens estaba consternado y le pidió que no lo hiciera, pero para ella parecía más fácil irse que quedarse.

Así que se fue. Dejó a Jens, dejó Hyde Park, el Támesis, los grises días londinenses, la niñera, la ayuda doméstica, la vida privilegiada. Había aguantado seis meses como esposa en la embajada.

Ya en Oslo solicitó el divorcio. Estaba sola de nuevo, pero ahora con dos hijos.

Wenche no tenía a nadie más. No se sentía próxima a su familia, integrada por su madre y dos hermanos mayores. No estaba en contacto con el padre de su hija, un sueco que solo había visto una vez a su hija, cuando tenía pocos meses de vida, y que se fue tan rápido como llegó.

—¿Cómo pudiste renunciar a una vida elegante y a tu encantadora casa en Londres? —le preguntó una de sus pocas amigas.

El problema no era Londres, decía ahora. Todo había sido casi perfecto, de hecho, pero con el hombre equivocado. Se refería a su exesposo como terco, temperamental o exigente. Él la describía como fría y poco cariñosa.

El matrimonio no tenía salvación. Con ayuda de un abogado llegaron a un acuerdo: ella viviría con Anders y él pagaría su manutención. Según ese mismo convenio, ella podría vivir dos años en el apartamento que él tenía en Fritzners Gate.

Pasaron tres años antes de que Anders volviera a ver a su padre.

Wenche había sufrido pérdidas durante toda su vida.

Siempre había estado sola.

La ciudad costera de Kragerø, 1945. Cuando terminó la guerra, la esposa del constructor se quedó embarazada, pero al acercarse el momento del parto empezó a tener síntomas parecidos a los de la gripe y tuvo que guardar cama por una parálisis en los brazos y las piernas. A Anne Marie Behring se le diagnosticó poliomiелitis, una enfermedad muy temida e incurra-

ble. A Wenche la sacaron de su vientre en 1946. Para entonces, la madre estaba casi completamente inmóvil de cintura para abajo y tenía un brazo medio paralizado. Wenche fue enviada a un orfanato en cuanto nació, y pasó allí los primeros cinco años de su vida, hasta que un buen día cerró y tuvieron que devolver a la niña rubia a su casa.

Prácticamente dejaron que se las arreglara sola. Su padre, Ole Kristian Behring, salía a trabajar, y su esposa se encerraba y rara vez salía al mundo: no quería que nadie se riera de su deformidad.

Su padre murió cuando Wenche tenía ocho años. La casa se oscureció aún más y su madre se volvió más exigente. Había sido una «perversidad» de Wenche traerle a su madre «este padecimiento».

La niña tenía dos hermanos mayores. Uno se fue de casa cuando murió su padre, y el otro era agresivo e irascible. Descargaba sus sentimientos en su hermana: le dejaba la piel de las orejas en carne viva a fuerza de bofetadas y le golpeaba las piernas con ortigas. La flaca y pequeña Wenche solía meterse detrás de la estufa cuando su hermano andaba tras ella: allí no la alcanzaban sus puños.

Oculto y callado. En casa todo tenía un poso de vergüenza.

Si su hermano estaba de malas, ella pasaba toda la tarde fuera y volvía a casa cuando oscurecía. Caminaba por Kragerø sola y sin rumbo fijo, se orinaba encima, apestaba, sabía que al llegar tendría que esconderse.

A los doce años pensó en tirarse por los acantilados, tan altos y tentadores.

Pero no saltó. Al final, siempre volvía a casa.

Era una vivienda ruinoso y sin agua corriente. Ella era la que mantenía el orden, lavaba, limpiaba, y la que vaciaba el orinal que compartía con su madre y guardaban bajo la cama. Aun así, la mujer le gritaba «¡No sirves para nada!» y «¡Todo esto es por tu culpa!».

En vez de una hija habría preferido tener unas piernas que sirvieran.

Wenche no daba la talla, no encajaba, no era suficientemente buena. Nunca la dejaban llevar a nadie a la casa y no hizo migas con ninguna de las otras niñas, que por cualquier cosa se burlaban de ella y la excluían. La familia vivía tan aislada que sus integrantes eran considerados lúgubres y hasta repulsivos. La gente guardaba las distancias, aunque muchos vecinos sentían lástima por la niñita que se pasaba el día trabajando.

Por las noches, en la cama, Wenche movía la cabeza de un lado a otro para no oír los ruidos de la casa. Los peores eran los golpes secos de su madre al desplazarse. Usaba dos taburetes para arrastrarse por el piso, levantando uno de ellos a cada paso y cargando el cuerpo sucesivamente en uno y otro al avanzar, y dejándolos caer con un golpe seco.

Wenche se quedaba allí acostada esperando que su madre algún día la quisiera, pero la mujer solamente se volvió más exigente y dependiente. Su hermano, cada vez más salvaje. Cuando Wenche estaba en plena adolescencia, oyó por casualidad a un amigo decir que aquel en realidad era un medio hermano (nacido fuera de matrimonio, de padre desconocido), y que en su momento había sido un gran escándalo en Kragerø. Le habían ocultado ese secreto, al igual que el hecho de que su otro hermano era el hijo de un matrimonio anterior de su padre.

Su madre empezó a quejarse de que oía voces en su cabeza, y cuando apareció otro hombre y se instaló en la casa acusó a su hija de tratar de robárselo. Con todo, pretendía que Wenche se quedara con ella y que la cuidara por el resto de su vida.

Cuando Wenche tenía diecisiete años hizo la maleta y se fue a Oslo. Era 1963. No tenía ninguna preparación y no conocía a nadie, pero finalmente obtuvo un puesto de limpiadora en un hospital, más adelante en la cervecera Tuborg en

Copenhague, y luego como niñera en Estrasburgo. Después de cinco años fuera de casa, lejos de su madre y su hermano y de Kragerø, estudió para ser ayudante de enfermera en Porsgrunn, a una hora de su ciudad natal, y consiguió un trabajo en un hospital de la vecina Skien. Cuando estuvo allí descubrió, para su sorpresa, que le caía bien a la gente. En el trabajo la respetaban y valoraban.

Era rápida, lista y atenta, pensaban sus colegas; incluso bastante divertida.

A los veintiséis años se quedó embarazada. El padre del bebé era sueco y le pidió que abortara. Ella se negó y dio a luz a una niña, Elisabeth, en 1973.

Pasaron muchos años antes de que Wenche hiciera una breve visita a su ciudad natal. Para entonces su madre estaba muy enferma. Según sus apuntes, sufría de delirios paranoides acompañados de manía persecutoria y alucinaciones. Su madre nunca volvió a levantarse de la cama y murió sola en un asilo de ancianos en Kragerø. Wenche no fue al entierro.

Para Wenche, ocultar cualquier cosa fea o dolorosa era un acto reflejo que la acompañaría el resto de su vida. Apagar el dolor bajo una superficie bruñida. Cada vez que se mudaba de casa, escogía alguno de los barrios más agradables de Oslo, aunque casi no pudiera permitírselo y como ayudante de enfermera no «encajara». Su apariencia atractiva era su propia fachada lustrosa. Cuando salía, siempre iba con el pelo recién cortado y con vestimenta elegante: le gustaban los zapatos altos y los vestidos y trajes entallados de las *boutiques* más exclusivas de la capital.

Cuando regresó de Londres su vida empezó a desmoronarse. Tenía más de treinta años y vivía en el apartamento de Jens en Fritzners Gate, pero no conocía a mucha gente. No tenía a nadie que la ayudara, y al principio se sentía cansada,

luego exhausta, y no mucho después, completamente destrozada. Y también impotente y aislada.

Decidió que algo andaba mal con Anders. De ser un bebé tranquilo y un niño de un año bastante apacible, se convirtió en una criatura poco independiente y quejumbrosa, temperamental y violenta. Le daban ganas de quitárselo de encima.

Por la noche a menudo dejaba solos a los niños. Una vecina con una hija de la misma edad de Elisabeth le comentó que eso no estaba bien visto.

—Me voy cuando ya están dormidos y siguen dormidos cuando vuelvo —respondió Wenche, y añadió que tenía que aprovechar todos los turnos nocturnos que pudiera.

—En casa de Elisabeth nunca cenan —le dijo a su madre la hija de la vecina. Ahorraban en todo lo que pudiera ocultarse tras la puerta de entrada.

En cuanto volvieron de Londres en agosto de 1980, Wenche solicitó ayuda financiera de la oficina de asistencia social en el barrio Vika de Oslo, y se le concedió. Al año siguiente, en mayo de 1981, llamó por teléfono a la oficina y preguntó si sería posible tener el apoyo de algún trabajador o de alguien que pudiera cuidar a sus hijos para darle a ella un respiro. En julio solicitó el servicio de cuidado de relevo en fines de semana para los dos niños. De acuerdo con la oficina de asistencia social, Wenche pensaba que sería buena idea que el trabajador de apoyo para el cuidado de su hija fuera un hombre, quizá un estudiante más bien joven, pero la necesidad más apremiante era que la ayudaran con Anders. Dijo que ya no podía más con él.

En ese momento Anders ya había cumplido dos años y Elisabeth ocho. Elisabeth estaba siguiendo los pasos de Wenche y hacía de «madre de repuesto» para Anders y para la misma Wenche.

En octubre de 1981 se aprobó que Anders recibiera cuidado «de relevo» dos fines de semana al mes, y fue asignado a

una pareja de veintitantos años recién casada. Cuando Wenche llevó al niño por primera vez, al matrimonio ella les pareció un poco extraña. La segunda vez pensaron que estaba loca. Preguntó si Anders podría tocar de vez en cuando el pene de su papá de fin de semana: era importante para la sexualidad del niño. Él no tenía una figura paterna y Wenche quería que el joven adoptara ese papel. Wenche hizo hincapié en que Anders no tenía con quién identificarse en lo que se refería a la apariencia, pues «solo veía entrepiernas de niñas» y no sabía cómo funcionaba el cuerpo masculino.

La joven pareja se quedó sin habla. Les daba mucha vergüenza compartir con asistencia social la petición de la mujer, así que lo dejaron pasar. Llevaban a Anders a excursiones al bosque o al campo y a parques y juegos alrededor de la ciudad. A él le gustaba estar con ellos y ellos pensaban que era un niño gracioso.

Un fin de semana Wenche no llegó con Anders. Había decidido que no era un hogar de fin de semana apropiado para su hijo. «Madre difícil de complacer; siempre pide más», anotó la oficina de asistencia social en mayo de 1982. Wenche solicitó un nuevo hogar de fin de semana para el niño. «La hija, de nueve años, ha empezado a orinarse encima», anotó asistencia social.

El mes anterior Wenche había acudido a la sección de hogares de acogida en la Oficina de Bienestar Infantil, pues estaba explorando la posibilidad de que sus dos hijos fueran adoptados. Quería que «se fueran al diablo», les dijo a los funcionarios.

Con la llegada del otoño, la vida se ensombreció aún más. En octubre, Wenche pasó al Centro Médico de Frogner. «La madre parecía seriamente deprimida —observaron—. Pensaba en abandonar a sus hijos y dejárselos a la sociedad para vivir su propia vida.»

Wenche y los niños llevaban poco más de dos años viviendo en Fritzners Gate. El periodo acordado con Jens había

llegado a su fin y él quería que le devolvieran su apartamento, pero Wenche pospuso la mudanza porque no se sentía con ánimos.

Tenía los nervios destrozados, según ella misma decía. Al acercarse la Navidad tocó fondo: sencillamente, era incapaz de estar a tono con el ambiente festivo.

Estaba perdiendo el control.

Todo el tiempo tenía que vigilar a Anders para evitar lo que ella llamaba «pequeñas catástrofes». Les pegaba a Elisabeth y a ella. Si lo regañaba, él simplemente sonreía; si lo zarrandeaba, se limitaba a decir: «No me duele, no me duele».

Nunca la dejaba tranquila. Por la noche se metía en su cama y se apretujaba contra ella. Según decía, sentía que el niño le imponía su presencia.